

# EL CATOLICISMO.

PERIODICO QUINCENARIO.

Religioso, filosófico i literario.



*Non enim quod habuit est modo, ancupamur: et rursum pacem colimus, legitime pugnantes, atque intra limites nostras, atisque regulam resinet confluentes.—S. GREGOR. NAZIANZ.*

## Libertad de la Iglesia.

(ARTICULO I.)

Una de las mas preciosas porciones de la herencia que nuestros padres en la fé dejaron a las generaciones cristianas, es la de los ejemplos de vigor apostólico i libertad sacerdotal, que han transmitido los nombres de los obispos de los primeros siglos como un timbre de honor para la misma Iglesia. Ambrosio deteniendo a Teodosio a las puertas de la basílica de Milan para impedirle que tomase parte en la congregacion de los santos, despues de los cesesos de Tesalónica; respetando en Simaco al depositario de la autoridad soberana, i oponiéndosele luego a que levantase contra la Cruz los altares idolátricos: Crisóstomo alzando su elocuente voz contra el tumulto de una especie de apoteosis, que ahogaba la enseñanza evangélica en su basílica patriarcal, i sufriendo la bárbara persecucion que, su celo le arrancó: Atanasio; Hilario; Basilio... amenazados por el poder de cuatro emperadores, que agotan los manejos de su duplicidad i los ásperos arranques de su furor, sin conseguir que ellos cedan sus Iglesias a los arrianos—son, con otros muchos hechos que la historia refiere, acciones heroicas que la posteridad no ha cesado de aplaudir. Ni la herejía coronada, ni los estravios de los reyes católicos alcanzaron con su poder a vencer a esos ilustres pontífices sin riquezas, sin crédito mundano: rodeados de brutal soldadesca muchas veces, protestaron contra la tiranía, ofreciendo hasta su sangre i su vida, antes que consentir en ver manchados los altares de Cristo con un culto sacrilego.

Todos los siglos han aplaudido esta firmeza sacerdotal, i nadie ha acusado a esos grandes hombres de haber invadido, o usurpado un poder que no les pertenecía; a nadie ha ocurrido en las generaciones siguientes ver en los heroicos hechos de aquellos obispos ni desprecio por las leyes, ni abuso en su sagrada autoridad. Jamás se les ha sindicado de haber querido romper la valla del poder temporal, para satisfacer su ambicion en un interes todo humano. La historia dice, por el contrario, que estos ilustres pastores de las almas comprendieron perfectamente su dignidad i llenaron sus deberes, *sin agrandar a los hombres para ser siervos de Jesucristo.* (Gal. 1. 11.)

Pero, ¿por que lo que los siglos han admirado en los antiguos obispos es en nuestros tiempos un título de acusacion para envilecer a los que son guias de las almas? S. Pablo nos exhorta a recordar la vida de aquellos que nos anunciaron la palabra de salud, i nos recomienda *imitar su constancia en la fé.* Para seguir su ejemplo tienen los obispos que denunciar el error, i sin respeto alguno humano por los que lo autoricen o propaguen, reprobarlo, condenarlo con justas censuras. Pero es tal la ceguera de los acusadores de los obispos en este siglo, que no ven mas que ambicion allí, donde no se halla otra esperanza humana. Otros mas reservados hacen en secreto por la expansion de un celo que almas su timidez, i si la fé detiene en sus labios la murmuracion contra una autoridad que reverencian, no dejan de decir que el silencio habria sido un partido mas sábio i prudente, porque llegan a

crear en su simplicidad que el sufrir en silencio obraría la salud de la religion. Sin embargo, todos ellos aplauden el celo heroico de los obispos de la antigüedad. Parece que a los ojos de estos prudentes del siglo ha pasado la época de este vigor sacerdotal; i esa moderacion, que para nuestros padres habria sido una culpable prudencia i una cobarde prevaricacion, les parece digna de colocarse entre las primeras virtudes del Santuario. Esto es obrar con buenisimas intenciones, en convivencia con los enemigos de nuestra fé; es, con cierta buena fé, ayudar a forjar las cadenas de la Iglesia, para conducirla indudablemente a donde el indiferentismo i la impiedad pretenden—al envilecimiento. Ni nuestros enemigos, ni todos nuestros amigos comprenden la constitucion de la Iglesia, su divina independencia. La creen nacida para ser esclava, porque ella no ha recibido del mundo el poder que ejerce; porque no la ven en el mundo, sino amenazada por los caprichos i los poderes de un día.

Necesario es, por tanto, impugnar estos juicios, rectificar las ideas, mostrando que la libertad de la accion espiritual de la Iglesia, i la independencia del ejercicio de su poder sobre las almas, no son otra cosa que el SER I EL MOVIMIENTO que ella recibió de su fundador en el día de su nacimiento sobre el monte calvario. Sin libertad no hai vida para la Iglesia, i la vida de la Iglesia es para la vida de las almas lo que el aire para la del cuerpo. Que sus enemigos se aduiren de la resistencia de la Iglesia cuando se la quiere encadenar, lo comprendemos, es lógico; pero pueden sin inconsecuencia sus amigos, mejor diremos sus propios hijos, reprenderle el frívolo i jeneroso valor de su palabra, o su ardor en el combate?

Muchos que se llaman católicos en nuestros tiempos, aquí como en otras partes, i que se ocupan de palabra i por escrito en maldecir a la Iglesia, en calumniarla, en rebelarse contra sus leyes, en echar en cara a los sacerdotes el pan que comen i algunos derechos de que gozan; los cuales van desapareciendo día por día, son hijos desnaturalizados que levantan la mano contra el seno que los nutrió; hijos ingratos que han olvidado que la Iglesia es su madre i su primera bienhechora. ¿No han leído lo que era el mundo antes de la era cristiana, lo que eran entonces el poder público i la familia? Si nada deben a la Iglesia, que nos digan, ¿quien sacó la sociedad pagana de ese fango de corrupcion, de esos errores i monstruosidades en que se arrastraba de siglos atras? ¿Que nos muestren cuál fue la feliz influencia que dulcificó las costumbres, cuál la mano que grabó en la frente del enfermo, del pobre, del desgraciado, ese sello divino que los hace para nosotros objetos sagrados, dignos de todo nuestro respeto? Que a la luz de la antorcha de la historia investiguen los enemigos de la Iglesia católica en cuanto quieran las causas de estas maravillas; a pesar de ellos mismos se verán conducidos por sus propias investigaciones al pie de la Cruz, donde la Iglesia nació, i de donde partió para derramar la vida sobre la humanidad i colmarla de beneficios.

Ciertamente: sin la Iglesia la vida del mundo, su libertad, los beneficios de esta, su honor su inteligencia, todo habria sido propiedad de cualquier

señor duro i cruel, que subyugando toda independencia, toda dignidad propia del hombre, hubiera tratado de usurpacion de sus derechos, de invasion de su autoridad absoluta, de abuso, toda libertad en el pensar, una palabra, una queja; no decimos una manifestacion, o una observacion motivada. Sin la vida militante de la Iglesia en el tiempo, seriamos bárbaros en nuestras costumbres, no habria consideracion con los vencidos, ni corazon para los pobres, aunque llegamos a la altura de las artes de los griegos i de los monumentos de los egiptios i de los romanos. Sin la mano caritativa que la Iglesia nos tiende, sepultados viviriamos en la vida de los zentidos, i por consecuencia de esta vida irracional encorvados bajo un yugo de hierro, azotados vilmente, sin mas esperanza que en estatuas de barro o de piedra i bronce, tal vez en el cocodrilo i la serpiente, que no tienen ojos para ver correr nuestras lagrimas, ni orejas para escuchar nuestros lamentos. Ahí está el oriente sentado en las sômbbras de la muerte, sin columbrar siquiera el camino de la intelijencia i de la libertad, porque donde la cruz no brilla, donde no resuena el eco de aquella voz todopoderosa que dijo: «Como mi padre me enviô así os envío yo a vosotros, con toda la potestad que se me ha dado en los cielos i en la tierra»—la dignidad del hombre apenas se eleva sobre el bruto. Pues esto seriamos tambien nosotros, i los enemigos de nuestra fé i de la Iglesia sin ella. Si los esfuerzos de los impios para desterrarla, o anularla llegasen a alcanzar la victoria en nuestra patria, las tinieblas se estenderian sobre la sociedad, i las nuevas invenciones de la industria, la actividad del comercio, la rapidez de las comunicaciones, la obediencia de los elementos bajo la mano del hombre, todo lo que se ha convenido en llamar progreso, i que tratamos de obtenerlo i estenderlo en la Nueva Granada, se detendria en su naciente estado, caeria, i nada habria que prestase fuerza para detener la marcha retrôgada de las poblaciones a la barbarie. Los hábitos de orden, el temor de los castigos, el empleo de la fuerza conservarían por algun tiempo a la sociedad una apariencia de vida; pero esta luz pálida de una civilizacion sin fuerza, por no vivir ya de la vida de la Iglesia, no tardaria mucho en extinguirse en medio de los pavorosos sacudimientos de la agonía.

La Iglesia empero necesita para llenar su mision de toda la independencia que recibió de su fundador; es preciso que sea libre de toda traba. Su mision es idénticamente la misma de Jesucristo; su conducta debe reglarse sobre la vida del Hijo de Dios. ¡Con qué libertad no ejerció el Salvador su evangélico ministerio, sin dejar de someterse al poder humano en las cosas temporales! A la edad de doce años entra en el templo i enseña allí con majisterio. Niño en edad i en estatura, trata de los intereses de su Padre celestial en medio de los hombres, sin pedir aprobacion ni a Herodes, ni a los procónsules, ni al mismo Sanhedrin. Mas adelante echa del templo a los mercaderes sin temer ni la animadversion de los fariseos, ni los enojos de los principes de la Sinagoga, que le acusaron de confundir lo espiritual con lo temporal, ni el descontento de los sacerdotes, que no vieron en su conducta mas que una usurpacion de sus derechos. Al mismo tiempo evangeliza en las plazas públicas, sobre los montes, en las orillas de los lagos i en las riveras del mar. Para nada pidió autorizacion previa, ni buscó sancion terrena para sus predicaciones i sus viajes. I no era esta libertad un privilegio atribuido esclusivamente a la persona divina del Salvador; sino trasmisible a aquellos a quienes dijo: «Se me ha dado toda potestad en el cielo i en la tierra: id, pues, e instruid a todas las naciones, bautizándolas en el nombre del Padre, i del Hijo, i del Espíritu Santo: enseñándolas a observar todas las cosas que yo os he mandado. I estad ciertos que yo estaré continuamente con vosotros hasta la consumacion de los siglos.» (Mat. XXVIII.) Los Apóstoles no obraron de dis-

tinto modo que Jesucristo bajo las inspiraciones del Espiritualismo.

Después de la gloriosa ascension de Jesucristo, sus Apóstoles llenos de su espíritu, herederos de sus poderes, marchan a la conquista del mundo con la misma libertad de la palabra, con la misma independencia en el ejercicio de su ministerio espiritual. Si los jefes de la nacion, si los ancianos, a vista de la influencia que ellos ejercian ya sobre las muchedumbres, les preguntaban con qué poder i en qué nombre enseñaban i curaban, respondian que enseñaban i daban la salud en nombre de Jesucristo. I cuando los magistrados les prohibian con amenazas hablar en nombre de Jesucristo, creyendo que no era ni aun permitido a un enviado de Dios inspirar a los hombres el amor de la virtud, i enseñarles a adorar al Criador en espíritu i en verdad, a ménos que hubiesen sido examinados sus títulos i su mision, Pedro i Juan, siempre firmes, se contentaron con decir: *Juzgad vosotros si en la presencia de Dios, es justo obedeceros a vosotros antes que a Dios* (Act. IV.) De este modo sin atender a amenazas, estimando en nada i olvidando el peso de las cadenas que ya habian arrastrado, continuaron en anunciar la palabra de Dios con entera libertad.

No sabian que hacer los magistrados para imponerles silencio. *¿Qué haremos con estos hombres?* se decian los unos a los otros: i «hablando de esta manera, se confesaban vencidos, dice San Isidoro Polusiota; porque es muy notable, que teniendo ellos en sus manos a los Apóstoles, i pudiendo darles la muerte, se viesen reducidos a no saber que hacerse en tales circunstancias.» En efecto: ¿qué podian hacer con los Apóstoles? No habiz recurso humano para cerrarles la boca. ¿Desterrarles? Llevarian el nombre de Jesus a otra parte. ¿Echarles en los calabozos? Sus cadenas habrian sido mas elocuentes que sus palabras. ¿Despojarles de sus bienes? Ellos no poseian nada, ni querian nada. ¿Darles la muerte? La voz de su sangre hubiera resonado mas temprano, como resonó después en toda la tierra, llegando el eco de sus palabras hasta las mas remotos confines del mundo, para propagar i conservar una religion que se pretendió ahogarla en sangre al nacer. Contra hombres apóstólicos, que nada esperan en la tierra, que nada piden, las autoridades temporales son impotentes cuando pretenden poner trabas al ejercicio de la mision espiritual, de que es depositaria la Iglesia.» Mas fácil hubiera sido, dice San Juan Crisóstomo, encadenar el rayo del sol, que atar la lengua de Juan Bautista.»

Esta libertad apostólica podia pasar a los ojos de los grandes por una insubordinacion contra su autoridad; la indiferencia con que los apóstoles miraban las amenazas i los castigos, como un insulto a su poder. Pero era el espíritu de Dios quien inspiraba a los discípulos esa santa independencia, cuando les ordenaba, por el ministerio de un ángel enviado para libertarles, «ir al templo, i puestos allí, predicar al pueblo la doctrina de vida.» (Act. V.) Lejos de querer insultar al poder del gobierno i hollar las leyes de la nacion, San Pablo defendiéndose ante el proconsul Festo, decla con toda la seguridad de una conciencia pura: *En nada he pecado ni contra la lei de los judios, ni contra el templo ni contra el César.* (Act. XXVI.)

Apesar de las potestades del mundo ligadas contra el Señor i contra su Cristo, los apóstoles predicaban, celebraban juntas cristianas en el templo i en las casas, se reunian en concilio, establecian colectas para los pobres, se visitaban mutuamente, se correspondian con Pedro para pedirle consejos, i pasaban a verle a Jerusalem para honrar i reverenciar su primacia. Jamás creyeron que esta independencia en el ejercicio de su ministerio i de su autoridad espiritual fuese usurpacion ni rebelion; antes bien imitaban en todo esto a Jesucristo, haciéndose partícipes de las persecuciones de su Maestro. Los judios habian tratado al hombre Dios de perturbador,